

colombiana pues en sus ondas se inició Julio Sánchez Cristo, el más conocido de los hijos de Julio E. Sánchez Vane-gas, por su permanente presencia al aire en los últimos años.

Si uno tiene paciencia para terminar el libro tendrá, aunque de manera muy fragmentaria, un repaso interesante de hechos y sucesos de la radio y la televisión colombiana en la segunda mitad del siglo pasado, pero se necesita mucha paciencia.

Gabriel Gómez M.

Bastante economía, poca vida cotidiana

Salarios, vida cotidiana y condiciones de vida en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX

MARÍA DEL PILAR LÓPEZ URIBE
Universidad de los Andes, Bogotá, 2011,
232 págs.

A COMIENZOS del siglo XX, Bogotá era una pequeña ciudad o una gran aldea, que contaba con 78 000 habitantes, era dominada por las iglesias y los curas y tenía unas cuantas fábricas y muchos artesanos. Medio siglo después la ciudad se había transformado por completo, se expandió espacialmente, su población se multiplicó por cinco, puesto que ascendía en 1950 a 550 000 habitantes, y había fábricas e industrias importantes y un significativo contingente de trabajadores asalariados. Este conjunto de transformaciones estuvo acompañado de modificaciones económicas de gran alcance, la mayor parte de las cuales se proyectan hasta nuestro presente.

Al análisis de esos cambios está dedicado el libro de María del Pilar López, en el cual se estudian algunas variables económicas, entre las que sobresalen los salarios, los precios y las condiciones de vida de los habitantes de Bogotá. Para reconstruir esta historia la autora consultó una amplia diversidad de fuentes primarias, estadísticas y de prensa, incluyendo información oficial y privada, e hizo una revisión general de fuentes secundarias, aunque poco exhaustiva

y rigurosa, ya que le faltó la consulta de gran parte de la bibliografía básica sobre el periodo.

El aporte fundamental de esta obra radica en la construcción de series estadísticas de mediana duración, a partir de la consulta y lectura de diversos materiales de tipo cuantitativo. Las series se detallan en veinticuatro cuadros estadísticos y en veintisiete gráficos a lo largo del libro, que son fáciles de comprender y están explicados con algún detalle en cada capítulo. Esta gran cantidad de material cuantitativo se maneja en una forma reflexiva, de tal manera que el libro es atractivo y digerible, a diferencia de la mayor parte de la literatura económica, que es pesada y muy aburridora.

Las series que elabora la autora muestran la forma como evolucionaron los índices de mortalidad, que se redujeron al 2% después de 1930. En el mismo sentido se demuestra que durante todo el periodo considerado hubo una tendencia inflacionaria más o menos constante, que no compensaba los ingresos nominales de la población empleada, lo cual evidenciaba el estancamiento del salario real. A clarificar estos aspectos, la autora le dedica muchas páginas de varios de los capítulos del libro. La disparidad entre altos precios y salarios estancados indica que no hubo una mejora notable en la calidad de vida de la mayor parte de la población, la cual seguía gastando una parte significativa de sus ingresos en satisfacer sus necesidades personales y familiares.

Aparte de la exposición y explicación de las series estadísticas, en otros capítulos del libro la autora intenta incursionar en diversos aspectos de la

vida bogotana. Al respecto se destaca el capítulo dedicado a los servicios públicos (agua, electricidad, telefonía y transporte), en el cual se muestra la evolución en su oferta desde finales del siglo XIX, y los problemas asociados a la misma. Esta es, sin embargo, una descripción muy plana, en la que no se muestran los conflictos sociales que se originaron en torno a los servicios públicos. Es sintomático que la autora no diga ni una palabra sobre la protesta contra el tranvía en 1910, que dio origen a su municipalización, y tampoco mencione que el tranvía terminó en la ciudad como resultado de la insurrección del 9 de abril de 1948. Una carencia similar se nota cuando, de paso, se pretende hablar de la vida cotidiana y se considera el consumo de chicha –la bebida popular de Bogotá–, pero no se mencionen las protestas contra las chicherías de 1923 y tampoco que esta bebida fue prohibida en forma definitiva tras el bogotazo.

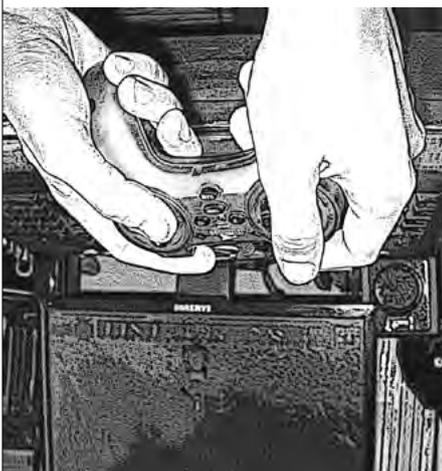
En el último capítulo se describe en forma somera la legislación laboral y algunos conflictos de trabajo, pero eso está circunscrito en sentido estricto a 1919 y la década de 1920. No se presenta allí una consideración global del asunto, y la impresión que le queda al lector es que la autora no consultó la bibliografía básica e indispensable sobre el asunto. Además, sus apreciaciones sobre el origen de la legislación laboral son muy discutibles, puesto que termina avalando algunos de los peores vicios antilaborales del Estado que se encuentran en las leyes 78 de 1919 y 21 de 1920, respectivamente, en las que se reglamenta el esquirolaje y la prohibición de las huelgas en los “servicios públicos”, algo que incidió negativamente en la organización de los trabajadores durante todo el siglo XX y se proyecta hasta el momento actual.

Estas no son simples carencias, sino que tienen que ver con una forma de ver la historia económica, en la cual se contemplan las variables y datos estadísticos, pero se presta poca o nula atención a los conflictos, que subyacen en el trasfondo de una formación social y que son la manifestación concreta de las variables económicas analizadas.

En general existe una disparidad en el espacio consagrado al tema de



la economía y al de la vida cotidiana de los bogotanos. Mientras que a esta última se le dedican veintiocho páginas (págs. 41-68), a las variables económicas se les destinan más de cien páginas del libro (págs. 69-177). Esto indica las preocupaciones e intereses de la autora, que se centra más en el último aspecto que en el primero. Ahora bien, es discutible la forma como analiza la vida cotidiana, la cual se reduce a variables económicas (como cantidad de vivienda, vestido, alimentación y uso del tiempo libre). Cada uno de estos aspectos en lugar de ser examinados a través de la compleja trama social de la vida cotidiana —en la que emergen tradiciones, costumbres, ritos y celebraciones—, se convierten en variables estadísticas, que desde luego son importantes, pero no agotan la cotidianidad de la gente. Claro que es importante saber cuánto gastaba un trabajador o un empleado en su vestido, alimentación, alojamiento y en las diversiones mercantilizadas del tiempo libre, pero la vida cotidiana no tiene que ver únicamente con costos y gastos, sino que involucra factores culturales, políticos, religiosos, entre muchos, que en este libro son dejados a un lado.



Otro aspecto bastante flojo del libro estriba en su poca distancia crítica con respecto a las formulaciones racistas y deterministas de los intelectuales de la élite dominante, quienes veían en las costumbres y tradiciones de los sectores populares (como tomar chicha) un obstáculo al proceso de modernización capitalista. Estos intelectuales no decían en forma explícita que su objetivo era imponer otras pautas de consumo, sino que lo encubrían con

argumentos de tipo sanitario, higiénico o alimenticio, para demostrar la supuesta superioridad de las costumbres de las clases dominantes y de los países industrializados. La autora no es suficientemente crítica con relación a este tipo de concepciones, y tal vez por esa razón no tiene en cuenta los momentos de efervescencia social y política, en los que, en concordancia con la correlación de fuerzas entre las clases dominantes y las clases subalternas, se logran o no imponer las nuevas pautas de consumo, como aconteció en 1948. La autora cita, por ejemplo, con aprobación a Jorge Vejarano, un médico e higienista que durante varios decenios fue uno de los promotores de la mirada eugenésica sobre el atraso del pueblo colombiano, y uno de los personajes más radicales a la hora de condenar el consumo de chicha. Esto hubiera ameritado, por lo menos, alguna apreciación por parte de la autora, pero no se hace explícita en ninguna parte del libro. Lo que si se intenta explicar es la resistencia de los sectores populares a las nuevas lógicas de consumo, pero en lugar de verlas como producto de una defensa de las costumbres y tradiciones por parte de las clases subalternas, se le interpreta con un cariz economicista, al decir que esa resistencia se debió al estancamiento de los ingresos, lo que impedía acceder a los productos de la modernización capitalista (pág. 211).

Otro problema del libro es de tipo terminológico, porque la autora utiliza en forma indiscriminada y repetitiva apelativos muy variados, que indican una insuficiencia teórica. Entre esos términos pueden mencionarse los siguientes: “clases altas”, “clases de ingresos bajos”, “grupos sociales de ingresos bajos”, “clases con mayores recursos”, “hogares con bajos ingresos”, “grupos bajos”, “clases bajas” “clases pobres”, “clases de mayores ingresos” y tal vez las dos más desafortunadas, “clases inferiores” (pág. 49), “clases superiores” (pág. 51). Esta terminología es imprecisa e indica una perspectiva hasta cierto punto ecléctica sobre la división de la sociedad en clases, lo cual se confunde a menudo con la separación en estratos. En el mismo sentido, se utilizan términos inapropiados para el caso colombiano como el de “verano” en

tres oportunidades (págs. 30, 33 y 100), cuando no sobra recordar que en nuestro país no hay estaciones climáticas. De igual modo, se utiliza un término un poco desueto, como el de “explosión demográfica” (pág. 31), para referirse al crecimiento de la población desde la década de 1940.

Renán Vega Cantor

Profesor titular, Universidad
Pedagógica Nacional

Una masacre necesariamente recordada

Sangre y cemento. Huelga y masacre de trabajadores en Santa Bárbara (1963)

GERMÁN A. JÁUREGUI GONZÁLEZ
Y RENÁN VEGA CANTOR
Impresol Ediciones, Bogotá, 2013,
304 págs.

LA MEMORIA colectiva de los colombianos está influenciada por el manejo de los medios de comunicación, la historia oficial, etc. Cada año, los grandes periódicos llenan sus columnas con recordatorios “históricos”, el ejemplo más clásico es el de *El Tiempo*, que a diario publica una columna dividida en tres: “Hace 100 años”, “Hace 50 años” y “Hace 25 años”, en la que se recuerdan algunos hechos, elegidos arbitrariamente por el redactor, sin mucho criterio histórico, una gran cantidad de ellos demasiado superfluos, tendientes a consolidar una memoria, unos hechos y unos personajes. Es entonces una responsabilidad del historiador profesional rescatar del olvido otros hechos, personajes, y sucesos, no siempre reconocidos por la memoria oficial, que por acción del olvido, la mayoría de las veces impuesto por quienes detentan el poder, han dejado de ser interesantes para el común, pero que en su momento fueron importantes y han marcado la memoria y el interés de los sectores sociales que no detentan el poder.

Así, el libro *Sangre y cemento. Huelga y masacre de trabajadores en Santa Bárbara (1963)*, de Andrés